

Paz Fosforescente.

En Abril logré concluir mi año escolar con todas mis materias aprobadas esperando volver a mi natal Guerrero para ayudar a mis padres con un ingreso extra. Después de 17 años de servicio mi padre había sido despedido de la empresa a la que le dedicó cerca de la mitad de su vida, la situación se apretó para toda mi familia, así que cuando regresé tenía decidido meterme a trabajar donde pudiera para ayudar en el difícil momento.

Encontré trabajo en un pequeño centro comercial ubicado en los linderos de mi ciudad como empacador voluntario y busqué adaptarme rápidamente, conocí a buenos amigos que fueron mis colegas aquel verano; César quien trabajaba también para apoyar a su madre y abuela, Maricarmen la cual pagaba su bachillerato de sus propinas y la pequeña Briseida que había pedido el trabajo justo cuando quedaba la última vacante. A mi madre le daba pavor el camino largo que debía recorrer para llegar a mi empleo debido a los rumores de una nueva banda delictiva que había tomado la ciudad para el tráfico de drogas, pero al no afectarme directamente decidí no tomarle importancia. Y en efecto, transcurrieron los días que conformaron un verano laborioso sin ningún incidente, hasta el 29 de Junio, fecha en la que no se presentó la pequeña Briseida a su turno y todos nos preguntamos su ausencia.

Posteriormente en los periódicos locales apareció una noticia escalofriante: *15 descabezados son hallados bajo el puente Ermita*, en la que indagaciones de mis compañeros descubrieron que el hermano de Briseida se encontraba entre las víctimas causando que la pobre pequeña junto con sus padres abandonaran la ciudad. Se le atribuyó el acto a "Los Pelados", quienes eran el grupo que aseguró el control del pueblo en las sombras, pero lo que causó sorpresa en mis ojos fue como asimilaron los hechos las demás personas; con normalidad y serenidad, mientras la autoridad se abrumó ante tal magnitud del problema que recurrieron a la entrada de fuerzas armadas a la pequeña ciudad. Mis amigos y su servidor donamos todo lo que teníamos en ese momento a la familia de Briseida, su padre aceptó la oferta antes de partir con los ojos llorosos.

En los días siguientes se desató una oleada de asesinatos y crímenes por toda la ciudad que motivó títulos escalofriantes en el periódicos, y la tranquilidad se esfumó, por lo que resultó cansado y molesto para nosotros tener que observar cómo nuestra vida cambiaba de entorno, mis compañeros observaron la transformación de la mentalidad de la gente al introducir en su mente la normalización de tales actos en su cotidianidad. Entonces decidí actuar de manera discreta y convencí a mis amigos de verano: César y yo compramos todas las cartulinas fosforescentes de la ciudad, mientras Maricarmen consiguió los plumones, al terminar nuestro turno nos encargamos de escribir en ellas mensajes desde lo

más profundo de nuestro corazón: “No mas violencia”, “No mas muertos”, “Extraño la paz”, “Los niños merecen vivir en paz”.

Obviamente al día siguiente con los primeros rayos del sol en nuestras caras, colgamos cada cartelito en un punto visible y logramos vestir a la ciudad de paz fosforescente ante los ojos atónitos de sus habitantes, quienes no creían capaces a tres niños de colgar 128 carteles pidiendo por paz en una ciudad “perdida”.